

pasó por su cabeza, parecióle que el techo se hundía sobre ella, y cayó desvanecida sobre las losas de la cocina.

—¿Quién podrá casarse con esta chica,—dijo Mme. Melania con desdeñosa expresión,—si jamás sabrá servir un capon á su marido?.....

Por la noche, despues de cenar, Margarita, sentada en un rincon de la cocina, miraba una forma fantástica que veia moverse entre las llamas del hogar y trataba de adivinar aquel misterioso enigma; porque, como todos los séres de naturaleza nerviosa, tenia una inclinacion secreta á la supersticion, creía en el presagio del viernes, en la sal derramada, en el mal de ojo, y en fin, empleó toda una primavera en buscar el trébol de cuatro hojas, que debe hacer feliz para siempre al sér afortunado que lo encuentre.

¡Y Margarita no lo encontró!

## XVI.

El capitán Samuel habia prometido devolver la visita al escribano, y para pagar á tiempo esta deuda de cortesía, fué á llamar, antes del fin de la semana, á una especie de ventanillo practicado en una puerta cochera.

El escribano daba en aquel momento una vuelta por el jardín, y al oír que llamaban acudió en traje de trabajo.

—A tiempo llegais, capitán,—dijo;—mi jardín acaba precisamente de terminar su tocado; podria creerse que habia adivinado vuestra llegada.

Y enlazando familiarmente el brazo de su visitante, le condujo á lo que llamaba su paraíso terrenal.

Este paraíso habia empezado por el modesto estado de huerta; pero al día siguiente de su matrimonio el escribano habia arrancado las legumbres, y sobre la huella fresca todavia de las cebollas y los nabos, habia dibujado con su propia mano los sábios arabescos de sus platabandas. En el centro del jardín habia trazado dos corazones unidos, encerrando este geroglífico sentimental en un cuadrilátero bordado de labandas y de romeros; luego habia sembrado á derecha é izquierda, para romper la monotonía reglamentaria, semillas de las flores más diversas, y al fin, habia coronado la obra con un capricho que comprometió notablemente su reputacion de propietario cuidadoso.

Un muro, arruinado en muchas partes por el peso del tiempo, rodeaba primitivamente el jardín; pero durante su viudez, Mme. Melania habia cerrado las brechas con pedruscos y haces de

cañas. Un muro, por más que sea ruinoso, ha sido siempre la primera ambición del hombre bastante feliz para poder distinguir lo suyo de lo ajeno en la superficie del planeta; pero en la época de su entrada en la casa, el escribano había derribado sin compasión aquel muro reemplazándole con un cercado de saucos.

El escribano, según decía, amaba al sauco por su modestia y por su simpatía. Crece valerosamente, sin cultivo, en toda clase de terreno, extiende en Junio su cúpula de plata sobre la frente del paseante, embalsamando la atmósfera con su vigoroso perfume, y en el otoño suspende al extremo de cada rama un racimo de ébano, como un banquete de despedida ofrecido á los últimos cantores del año, los pardillos y las currucas.

Después de crear su eden, el escribano había cuidado de poblarle, y le pobló de abejas, esas voces errantes de las flores, como decía en sus poéticos arrebatos. Había dispuesto su línea de colmenas al Mediodía, bajo un cobertizo de cañas, iba todos los días á contemplar las evoluciones de aquellas diversas repúblicas, y aun las dirigía dísticos á boca de jarro sin que las abejas le picasen.

«Id y trabajad, diligentes insectos»; había escrito sobre el frontispicio del cobertizo. Recomendación inútil, porque las abejas han sido conside-

radas siempre como las sacerdotisas aéreas del trabajo.

Mi vecino Broutet se paseaba con su huésped de platabanda en platabanda con esa especie de amor propio de los artistas por las creaciones de su génio, pues allí estaba su alma entera, y no había un solo rincón de su jardín que no dijese simbólicamente: «Yo amo á Melania.»

—¿Veis esas flores?—decía al capitán con tono de superioridad.—No son extranjeras; pero tienen la ventaja de que saben hablar.

Y como el capitán no participase sino medianamente del entusiasmo del músico, añadió en un arranque de inspiración:

—Sí, saben hablar; cuando se ofrece á una joven una violeta, comprende la alusión y baja modestamente los ojos para ser digna del cumplido; se la ofrece un botón de rosa y se ruboriza; pero ¿quién podría descifrar el sentido oculto de una.... una..... una de esas flores del Cabo ó del Japon? Sería necesario ofrecer á la muchacha un negro ó un chino para que la explicasen el enigma.

—Tirais piedras á mi jardín, señor Broutet,—interrumpió el capitán;—pero eso no me impide admirar el vuestro.

—Teneis razón,—replicó ingenuamente el escribano, feliz por este testimonio de aprobación.—Aquí encontrais, en efecto, todo lo que necesita

un hombre de bien para vivir en paz y esperar con confianza el fin de su existencia. El otro día me enseñásteis lo que llamais vuestro punto de partida; tal vez yo pueda enseñaros el secreto de la felicidad. Venid aquí, venid con frecuencia, y puede ser que, con la gracia de Dios, lleguemos más de una vez á cambiar un buen pensamiento.

El capitán estrechó la diestra del escribano.

—Sois hombre de corazón, señor Broutet,—dijo,—y podremos entendernos.

—¡Pardiez!—repuso el escribano dándose una palmada en la frente,—iba á faltar á mi palabra: os había prometido mostraros la flor más bella de mi jardín, ¿no es verdad?

Y llamó:

—¡Margarita!

Nadie contestó.

—¡Margarita!—llamó de nuevo.—Hace un instante que estaba leyendo al final de esa alameda.

A la última llamada del escribano, las ramas flotantes de un cenador de madreivas se estremecieron como apartadas por la mano invisible de un espíritu, y una joven salió lentamente del arco de verdura y avanzó con paso perezoso, inclinada la cabeza sobre el hombro y un dedo apoyado en la mejilla; la otra mano, replegada sobre la cintura, dejaba colgar un libro abierto, hojeado por la bri-

sa, en tanto sus ojos, impregnados aún por la lectura, erraban vagamente por el espacio.

—Hija mía,—la dijo el escribano con tono solemne,—saluda al capitán Samuel Membrard, honra del pabellón francés.

Margarita saludó al capitán con aire indiferente, y apoyando su cabeza en el pecho de su padre, recibió un beso en la frente.

Luego se dirigió á la casa con el mismo paso ondulante y lento, con ese balanceo de falda que es como el eco misterioso de la mujer prolongado sobre sus huellas.

Aquella aparición de un momento engendró repentinamente en el alma del capitán un sentimiento indefinible, á la vez de atracción y repulsión. Parecióle bella la hija del escribano; pero con una belleza inquietante: siguióla un momento con la mirada, y aun después que había desaparecido, miraba todavía la alameda por donde había pasado.

—Capitán,—dijo el escribano viendo absorto á su huesped,—apuesto que en este momento envidiais mi felicidad.

—Sí,—respondió el marino,—porque pienso que podría ser padre de esa niña.

—Y sin duda,—repuso el escribano,—podriais tener una hija de esa edad si en vez de recorrer el mar hubiéseis tenido el talento de casaros con una

mujer como la mia, inteligente en poesía y en los quehaceres domésticos.

El capitán dejó languidecer la conversacion, dió otro paseo por el jardín con aire distraído, estrechó bruscamente la mano de Broutet y se volvió á su casa.

—Le habrá dominado el remordimiento,—pensó el escribano;—sin duda le persigue algun fantasma.

## XVII.

Al entrar en su cuarto, el capitán Samuel se quitó la levita, el chaleco y la corbata, porque se ahogaba; pidió el almuerzo una hora antes de la acostumbrada, riñó á su criada porque no habia adivinado este cambio de hora, encontró detestable un plato que el día anterior le habia parecido excelente, y se levantó de la mesa antes de los postres para ir á fumar al jardín.

Vagó un momento de flor en flor y de pronto se detuvo ante la gardenia. Despues de contemplarla un instante en silencio, la trasplantó á un vaso del Japon y dijo á la criada.

—Lleva esta flor á M. Broutet, y entrégala á él en persona.

—¡Cómo, señor! ¡Regalais á ese viejo loco una flor del otro mundo cuyos botones valen, segun decís, un luis cada uno?

—Pues bien, hija mia; ahí tienes otro luis por la comision: hace un momento te he reñido sin razon y debo pagar la multa.

Sucette cogió la moneda, enjugándose una lágrima; pero apenas habia levantado el tiesto para llevarlo á su destino, el capitán la detuvo por la manga.

—Deja eso ahí,—repuso;—he cambiado de idea; ¿qué haria el escribano con ese jazmin?

Bajó á la playa para que el aire del mar despejase su cabeza; poco despues empezó á llover, y permaneció sin sombrero sobre las rocas, dejando que la lluvia azotase su frente. Despues de recibir este baño del cielo volvió á su casa, y tendiéndose en su hamaca, trató de dormir.

Pero pronto se puso otra vez en pié, y empezó á recorrer con agitados pasos la estancia, diciendo en alta voz:

—¿Qué significa esto?.... Vamos, hablad, ¿qué me quereis, que os veo siempre, eternamente, inmóvil, con un dedo en la mejilla y un libro en la mano?

Y moviendo melancólicamente la cabeza, añadió en voz baja:

—El capitán Samuel ha cumplido su tiempo.

Amigo mío, ya no eres más que un pobre trapense condenado á remover un poco de tierra en tu jardín, hasta que una mano caritativa te la eche en el rostro. Vamos, veo que esta noche he olvidado á Dios por primera vez, y Dios también me olvida.

Encendió la luz, abrió la Biblia, la hojeó un instante y leyó un capítulo.

La influencia misteriosa del texto y la frescura de una noche de tempestad devolvieron insensiblemente la calma á su espíritu.

Pero al amanecer el nuevo sol aún le dominaba la aprension del peligro. Salió á dar un paseo, se trasladó á bordo de la goleta, y despertando al contramaestre, dijo:

—Calvé, haz tu equipaje: saldremos con la marea.

—¿Y á dónde vamos, capitán?

—A donde tú quieras.

—Eso no está en el mapa.

—Pues bien, á Bayona.

—Empiezo á comprender: el otro vá á venir.

—¿De quién quieres hablar?

Calvé se acercó al oído del capitán, y le dijo con aire de misterio:

—Del otro ¡pardiez! del de Santa Elena.....

¿Acaso hay dos otros en el mundo?

El capitán sonrió.

—El otro ha muerto, mi pobre Calvé.

—¡Muerto! ¡Él! ¿Acaso me he muerto yo?.... Vamos, capitán, alguna buena historia me ocultais; sin eso no iríais á correr una bordada por el golfo de Gascuña, cuando nada tenemos que hacer por ese lado.

—Calvé,—repuso el capitán cogiendo afectuosamente la mano del contramaestre,—tengo una cosa que me obliga á cambiar de aire y tomar el largo.

—Si se os ha montado una mosca en la nariz, desfilemos; en tanto que haya á bordo una pulgada de lona podeis contar con Calvé.

La goleta hizo rumbo á Bayona; pero á la vista del puerto, el capitán dió orden de virar de bordo y volver á Royan.

—Capitán,—exclamó Calvé sorprendido,—uno de los dos ha perdido la chaveta.

Y puso la proa á Royan.

Durante una hermosa noche, la *Halcon* surcaba un mar tan sereno como un estanque: el capitán, sentado en la toldilla al lado de Calvé, contemplaba en silencio la larga estela que dejaba el buque; de pronto asió un brazo del contramaestre, y le preguntó con voz concentrada:

—¿Has amado alguna vez?

—¡Trueno de Dios, capitán! ¡Si otro que vos me hiciera esa pregunta, se la hacia tragar con los dientes! ¡Si he amado yo, Nicolás Calvé!....

Y levantando el dedo á la altura de los ojos, repuso:

—¿Veis mi ojo derecho? Pues cuando se fijaba en una cara bonita, el fuego prendía en la estopa, y podría hablar de más de cuatro que cayeron á la primera andanada.

—¿Y á eso llamas amar?—replicó friamente el capitán.

—¡Vaya! Estaba entonces á la temperatura del Senegal..... ¡Ah! Preguntad á Pepa, á Pepita, en fin, al mundo entero, desde Madera á Manila.

—¿Y podías comer?

—Como un tiburón.

—¿Y podías dormir?

—Capitán, esa pregunta es indirecta.

—¿Y después?

—Si te he visto, no me acuerdo. Cuando había jurado á una mujer amarla eternamente, volvía á bordo y me ceñía á la disciplina: la disciplina ante todo. ¡Oh! ¡si el otro pudiera volver!.... Pero me habláis de una cosa de que jamás habeis hablado, y me parece que adivino.....

Samuel guardó silencio, y después de un momento de reflexión dijo:

—Sufro mucho.

—¡Tanto mejor! ¡ya estais salvado! Eso no es amor; el amor no hace sufrir. Pero, en fin, si amais, no será á una mujer fantástica; será á una

mujer de carne y hueso como otra cualquiera, y entre ella y vos no hay más distancia que de su puerta á la vuestra: teneis aún mucha agilidad..... y en caso necesario entráis por la ventana.....

El capitán puso vivamente la mano sobre los labios de Calvé.

—¡Calla, desdichado!—dijo.

Y bajó á su cámara, terminando la travesía sin dirigir una sola vez la palabra al contramaestre, que parecía inspirarle un sentimiento de repulsión.

Pero al poner la planta en la playa de Royan había tomado su partido.

—En la guerra como en la guerra,—se dijo;—he querido huir del enemigo y me ha perseguido; si hubiera marchado á su encuentro, tal vez le hubiera derrotado.

Y para poner en práctica su nueva teoría, fué á hacer otra visita al escribano.

Margarita estaba bordando, sentada en un banco del jardín al lado de su padre; pero en vez de saludar friamente al capitán, como la primera vez, le acogió con una dulce sonrisa.

—Sr. Membrard,—le dijo,—tengo que daros las gracias.

—¿Por qué, señorita?

—Por el placer que he tenido durante vuestra ausencia.

—¿Acaso mi ausencia puede causaros placer?— exclamó el marino.

—¡Me entendeis mal, capitán!—replicó vivamente la jóven;—por el contrario, á cada momento estaba diciendo: ¡Qué lástima que el capitán no esté aquí!

La dulzura de estas palabras hizo estremecer al marino.

—¿De veras, señorita?—dijo.

—Vos me hubiérais explicado todo aquello; porque debo confesaros que al otro día de vuestra marcha, mi padre me enseñó á hurtadillas vuestro invernadero. Hay, sobre todo, una flor blanca, parecida á una rosa, con un perfume que aún me parece respirarlo.....

—¿Os llamó la atención?

—La he admirado.

—Entonces soy yo, señorita, quien debe daros las gracias.

Y dijo estas palabras con voz tan conmovida, que Margarita se turbó y cambió de conversacion.

—En cambio,—dijo,—teneis en vuestro cuarto una pistola horrible; parece que os mira de reojo.

El capitán Samuel habia contado con la frialdad de Margarita para curarse de un principio de locura; pero la amabilidad de la jóven le precipitó de pronto en el abismo.

—¡Cúmplase el destino!—pensó, volviendo á su casa.

Y dijo á Sucette, indicando la gardenia:

—Toma esa maceta y llévasela á la señorita Margarita; ¿me entiendes bien? A la señorita Margarita, no á su padre: he cambiado de idea.

## XVIII.

Si el capitán habia cambiado de idea, otro hombre habia cambiado tambien; pues habiendo hecho voto de celibato perpétuo á consecuencia de la infidelidad de una querida, pensaba entonces en casarse. Aquel hombre, pariente del escribano, se llamaba Plácido Goupilleau, no era hermoso ni feo, y tenia el rostro grande y los cabellos de un color que tiraba á rojo.

Goupilleau, chalan y carnicero de oficio, vió un día á su prima que salia de misa con falda color de lila, y fuese efecto de la falda, fuese efecto de la imaginacion, no pudo ménos de decir: ¡*Diantre!*

Y pasándose la mano por la barba, añadió:

—¡Bonita muchacha! ¡cuando esa cara haya engordado un poco, sonreirá maravillosamente en el mostrador para llamar parroquia!

Y al mismo tiempo que hacia esta reflexion, formaba otro cálculo. Poco antes habia adquirido á vil precio el estanque del Combot, que solo producía nenufares y sanguijuelas; pero Goupilleau tenia demasiado conocimiento de su interés para haber hecho semejante compra sin una segunda intencion. En efecto, habia calculado que, desecando el estanque, tendria un magnífico prado para sus ganados; solamente que el proyecto presentaba en su realizacion una ligera dificultad: el canal de desagüe debia atravesar la hacienda del escribano, y proponer á éste una operacion de tal naturaleza era buscar una negativa redonda.

—Pero casándome con su hija,—pensaba el carnicero,—ya veremos el modo de meter una especie de acequia en el contrato de matrimonio.

Y en su cualidad de chalan, es decir, de Talleyrand de fériá, empezó á tirar las líneas de su plan con un talento diplomático que en el tapete verde de un Congreso le hubiera validó de seguro el Toison de Oro ó el cordon de San Miguel.

El escribano era demasiado artista para equilibrar exactamente sus presupuestos. El gasto excedía todos los años á los ingresos, y para cubrir el déficit tuvo que recurrir á la bolsa de Goupilleau, explicándose naturalmente por el parentesco la preferencia concedida al carnicero. Éste prestó la suma, pero mediante un pagaré á corto

plazo; el escribano se apresuró á firmar el documento y en seguida olvidó la deuda. Sin embargo, el plazo llegó con la inflexibilidad del destino, el escribano no pudo hacer honor á su firma, y viendo volver el pagaré, el acreedor sonrió diciendo:

—¡Gracias á Dios! Ya tengo empezado el canal.

Y aquella misma noche, acercándose al escribano con la expresion de una profunda contrariedad, le dijo:

—Primo, el mes pasado compré un prado en el pantano de Chenaumoine, y habia contado con vuestra deuda para pagarlo.

—Si de cada gota de mi sangre,—repuso melancólicamente el escribano,—pudiera hacer un escudo.....

—Hablemos razonablemente,—replicó el carnicero,—y dejemos vuestra sangre en paz. ¿Teneis un amigo que consienta en recojer el pagaré?

—¡Un amigo! ¿Quién tiene un amigo en este mundo?

—¡Diablo!—exclamó el carnicero.

Y apoyó la barba en la mano, quedando en actitud reflexiva; pero luego, como si una idea súbita hubiera brotado en su imaginacion, dijo:

—Quisiera poder renovar el pagaré que habeis firmado; pero desgraciadamente debo pagar mañana ese maldito prado, so pena de expropiacion.



Sin embargo, conozco una persona que, pidiéndoselo yo, os prestará la suma que necesitáis.

El escribano estrechó la mano de su primo diciendo:

—¡Gracias!

—Solo que ese prestamista quiere conservar el anónimo.

—Por modestia, sin duda.

—Precisamente: así es que en el pagaré solo figurará mi nombre. Pero debéis comprender que, habiendo faltado al primer compromiso, debéis pagar adelantados los intereses.

El escribano consintió en este adelanto.

—Ese interés será de ocho por ciento.

—Pero eso es exorbitante, contrario á la ley y á la moral.

—¡Qué quereis, primo! Hay que tomarlo ó dejarlo.

—Sea el ocho por ciento,—murmuró el pobre Broutet.

—Además, vuestra mujer hipotecará su casa y su hacienda. Os lo digo únicamente para facilitar la negociacion.

El escribano conocia demasiado el Código para no comprender el peligro de aquella última formalidad, y protestó enérgicamente contra semejante pretension.

—Tomarlo ó dejarlo,—repitió duramente el

primo.—Cuando tengais que pagar, uno tras otro, protesto, registro del protesto, juicio de conciliacion, acta del juicio, notificacion, embargo preventivo, y Dios sabe qué más.....

—¡He amado la música demasiado!—interrumpió tristemente el escribano;—pero si al cumplimiento del plazo no me fuera posible..... ¡este pensamiento me extremece!..... ¡Prefiero morir antes que vender una partícula de esa tierra bendita!..... ¡Iba á decir una cosa que debe quedar en mi corazon!.....

Despues de haber tratado de asustar á su deudor, el carnicero cambió de sistema.

—Se me ha ocurrido una idea,—dijo;—teneis una hija casadera y podríais encontrar un yerno que recogiese el pagaré.

Esta probabilidad iluminó el espíritu del escribano, sin que se atreviese, no obstante, á apoyarse en aquel pensamiento.

—Acepto la proposicion,—dijo.

Goupilleau cogió á su víctima por el brazo y la condujo á casa del notario.

Broutet firmó intrépidamente el documento amenazador que un dia podia desposeerle de su propio hogar; pero despues de esta determinacion suprema sintió que su corazon desfallecia, y una nube pasó por su semblante. El implacable Mefistófeles le dió amigablemente el brazo, le llevó á

la playa, y allí, al pié de las rocas, se quitó el sombrero y miró fijamente á su víctima.

## XIX.

—Primo Broutet,—dijo,—miradme, y francamente, con la mano en el corazon, decid qué os parezco.

—Pues..... lo que otro cualquiera,—respondió sorprendido el escribano.

—Gracias, primo; eso era todo lo que pedia.

Púsose el sombrero, y alzándose la manga de la camisa, añadió:

—Mirad esto; ¿podria decirse que soy manco?

—No,—repuso el escribano más sorprendido aún;—pero ¿á dónde vais á parar con esa exhibicion de vuestra persona?

—Pues á esto, primo; que vuestra hija me gusta, y que yo puedo gustarle á ella. ¿Está dicho?..... Vengan esos cinco, y trato hecho.

—Despacio, señor mio,—repuso el escribano con el acento de la dignidad paternal ofendida;—antes de hablar de matrimonio, es preciso.....

—Tener el consentimiento de la muchacha: eso es sabido; el texto de la ley es claro en ese punto.

—Es preciso saber,—repuso majestuosamente el escribano,—si mi hija podria amaros.

—En eso no hay cuestion: una mujer casada ama siempre á su marido.

—Amaros de antemano,—replicó vivamente Broutet.

—Aquí os detengo, primo: emitís una idea peligrosa: una jóven bien educada no debe empezar á amar hasta que sale de la alcaldía. ¿A dónde iríamos á parar si una muchacha con cascos á la gineta pudiera escojer al primer títere que la hubiere encantado con una frase de novela?

—Pero.....

—¿Quereis que os diga francamente lo que pienso? Hay en este mundo chicas tontas como gansos, incapaces de hacerse las medias que llevan en los piés, y que se pasan el dia haciendo dengues porque un pasante de notaría ó un supernumerario del registro les ha puesto en la mano un billete amoroso. El oficio de una mujer no es ese: es el puchero para comer, el buen humor en la velada, y luego..... basta: no digo más.

—Pero aun así, es preciso que el carácter de uno y otra puedan formar un buen matrimonio.

—Sin duda. La cuestion de carácter se resuelve así: yo tengo tanto y tú tanto; casémonos y tendremos más. Yo tengo el bosque de Courlay, tú tienes el prado de Breuillet; pues casemos el

prado y el bosque: tú tienes un molino de viento y yo una chalupa; pues pongamos en la misma cama la chalupa y el molino. Pero basta sobre este capítulo: os doy diez minutos para reflexionar, y si no os bastan, tomad doce. Sin vanidad, os ofrezco una ocasion de colocar bien la muchacha.

Y dando un codazo al escribano, Goupilleau añadió en forma de comentario:

—Cada domingo habrá un buen estofado para el suegro..... Ya os he llamado suegro; la palabra es fea, pero no la retiro. Esta noche la resolucion.

Y se marchó silbando un aire de *La Panadera*.

Esta declaracion á quemaropa dejó al escribano en una profunda perplejidad. Él, antes de casarse, habia pensado en Melania Violet; sintió, pues, que su corazon, ultrajado en su primer dogma, se estremecia de indignacion ante las doctrinas positivistas de su primo; pero pensó en seguida en las palabras del doctor Babinot, y consideró al carnicero bajo un nuevo aspecto.

—Despues de todo,—dijo,—es un hombre franco, y podré entenderme con él.

Cuando Goupilleau fué á verle aquella noche, le acogió con benevolencia.

—Y bien, ¿acceptais mi proposicion?—preguntó el pretendiente.

—¿Me jurais hacer feliz á mi hija?—repuso el escribano.

—¡Y me haceis semejante pregunta! Puede contar con un regalo el dia de su santo, y además, tendrá libertad completa para gastar lo que quiera en componerse; pero despues de eso, silencio en la casa: la mujer debe obedecer.....

—Está bien; haré presente vuestra peticion.

—¿Y cuándo será la cosa?

—Para la cosecha.

Y como á aquella hora el escribano experimentaba siempre la necesidad de un poco de música, despidió á su primo y cogió el violon.

## XX.

Desde aquel momento Goupilleau iba diciendo por todas partes:

—La chiquilla de Broutet será mi mujer este verano.

Con esta indiscrecion calculada esperaba comprometer á Margarita.

Un dia que el capitán estaba comiendo, ó mejor dicho, meditando, inclinado sobre el plato, Sucette, que le miraba con lástima, dijo para distraerle: